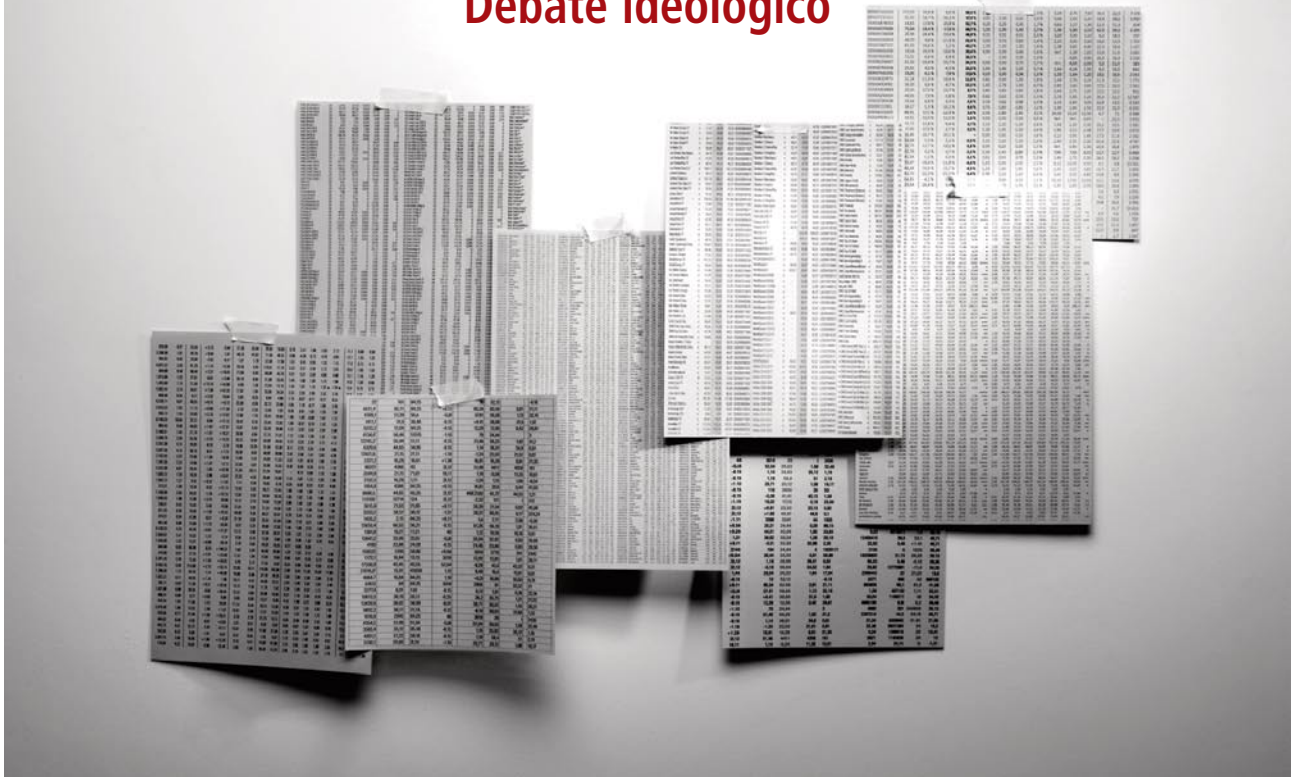


Nueva arquitectura financiera

Debate ideológico



Aunque el estallido de la crisis financiera fue precedido por una amplia gama de signos ominosos, lo cierto es que tomó por sorpresa a la mayor parte de los actores públicos y privados directamente relacionados con el manejo de la economía y los mercados financieros.

Por Desarrollo Estratégico y Análisis Prospectivo.

No queda claro hasta qué punto la crisis financiera afectará al sector real. Como resultado, no es extraño que muchas de las que parecían verdades incontrovertibles acerca de la economía contemporánea sean puestas en tela de juicio. En particular, más allá de la discusión técnica en torno a los mecanismos específicos de la crisis y a los contenidos de los distintos programas gubernamentales para hacerle frente, se han desarrollado dos líneas de discusión sobre temas de mayor fondo: el debate acerca del papel del Estado en la economía y las capacidades autorreguladoras de los mercados.

Estado y mercado: movimiento pendular

Desde un punto de vista teórico, Estado y mercado no son realidades excluyentes. Son los referentes terminales de un

continuum de recursos institucionales mediante los cuales las sociedades modernas dan respuesta a los retos que enfrentan en relación con su reproducción material, es decir, con los procesos de producción y distribución de la riqueza.

En el marco de una economía estructuralmente compleja, resulta prácticamente imposible adoptar, a partir de la mera lógica de la autoridad política, las decisiones correctas acerca de qué producir, cuánto producir y cómo distribuir lo producido. El fracaso de los modelos de economía centralmente planificada ilustra con claridad este punto y, en tal sentido, arroja luz respecto a la necesidad de mecanismos institucionales que generen estímulos en favor de la eficiencia en la asignación de los recursos escasos. El mercado, por tanto, es un recurso irrenunciable para el funcionamiento de las economías contemporáneas.

Es preciso no perder de vista que, para funcionar eficazmente, los mercados requieren el concurso de la autoridad estatal. La economía de mercado demanda como condición *sine qua non* la existencia de un marco legal y de una autoridad política capaz de garantizar los derechos de propiedad y el cumplimiento de los acuerdos (contratos) entre los agentes económicos particulares. La acción de la autoridad es necesaria, tanto para evitar que el propio proceso competitivo se autodestruya a través de la concentración monopólica como para corregir las diferentes modalidades de fallas del mercado.

Lejos de modelos puros, las economías contemporáneas ofrecen un amplio abanico de arreglos institucionales con grados y modalidades distintos de intervención gubernamental que, en ocasiones, se articulan virtuosamente con la lógica del mercado; y en otras, entran en contradicción con ella, dando lugar a verdaderos desastres económicos y sociales.

A lo largo del tiempo, estos arreglos institucionales se han modificado, principalmente, como producto del estallido de crisis severas capaces de poner en entredicho la viabilidad del propio sistema económico. Así ocurrió, por ejemplo, durante los 30, cuando los recursos institucionales entonces vigentes fueron insuficientes para superar las crisis y fue necesario aceptar un cambio de paradigma, con sus respectivas innovaciones políticas e institucionales. Desde esta perspectiva, cabe afirmar que las crisis suelen ser productivas.

En el transcurso de la historia del capitalismo, se observa una suerte de movimiento pendular en relación con el papel del Estado en la economía. Tras una época de gran expansión económica y euforia en los mercados bursátiles, el *crack* de 1929 y la consiguiente depresión sorprendieron a las autoridades financieras sin los recursos conceptuales e institucionales adecuados para sortear los retos. El predominio de una fe ortodoxa en los mercados autorregulados inhibió cualquier forma de intervención.

Se apostó por las virtudes correctivas de la economía al enorme costo de una caída cercana al 50% del PIB de EU entre 1929 y 1933, y de niveles de desempleo de alrededor de la tercera parte de la fuerza laboral. Sólo en dicho contexto, fue conceptual y políticamente viable el cambio de paradigma. Así se logró la estrategia de inversión pública masiva en infraestructura, auspiciada por el gobierno del presidente Roosevelt: el New Deal.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, esta fórmula, ahora sustentada en la teoría keynesiana, y materializada a través de los recursos del Plan Marshall y del Banco Mundial (BM), inauguraron la era de mayor expansión de la riqueza mundial. Ésta, a su vez, llegó a su fin en los 70 con las crisis fiscal y petrolera, lo cual dio lugar al fenómeno de la estanflación (estancamiento con inflación). En esta ocasión, se produjo un nuevo movimiento pendular: se denunciaron los excesos del intervencionismo estatal y se promovió la reorganización del capitalismo a través de la liberalización de los mercados.

El caso de México, y en general de Latinoamérica, es elocuente, sobre todo debido a la mayor amplitud de los movimientos pendulares experimentados por los paradigmas de la política económica. Tras los excesos del estatismo desarrollista, en las dos décadas anteriores el concepto *economía de mercado* ganó terreno y dosis significativas de legitimidad. La apertura, la desregulación y la privatización, acompañadas y complementadas por una política económica firmemente comprometida con los principios del equilibrio fiscal, fueron pieza crucial de la necesaria reforma del sistema económico.

La idea de que el Estado debe ser rector y motor de la actividad económica parecía en retirada, aunque, definitivamente, nunca estuvo liquidada.

Fallas de mercado

En la presente coyuntura, la crisis financiera de EU ilustra cómo las llamadas *fallas del mercado* pueden alimentar

las suspicacias respecto a la propia economía de mercado. Esta crisis evidencia los límites y peligros de una actividad especulativa, carente de mecanismos eficaces de regulación y de información confiable. La política de la Reserva Federal de mantener artificialmente bajas las tasas de interés para evitar la recesión provocó el sobrecalentamiento de la economía, generó un entorno favorable para la proliferación de burbujas especulativas y, sobre todo, fue una invitación permanente para el endeudamiento irresponsable.

El problema es que, como reacción al fundamentalismo de la desregulación plena, se corre el riesgo de buscar la respuesta en la imposición de mayores reglas o en la adopción de un modelo económico regido por el Estado. Lo que debe asegurarse es que el Estado desempeñe adecuadamente el papel que le corresponde y se eviten los extremos de un estatismo. ❁

Estado y mercado
no son realidades
excluyentes. Son los
referentes terminales
de un *continuum*
de recursos
institucionales
mediante los cuales
las sociedades dan
respuesta a los retos
que enfrentan.